

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 15 de Julio de 1926

EL ERROR DE ELLAS

LA MODA, LA MORAL Y LOS HOMBRES

La queja es frecuente e injusta. Todos somos a quejarnos de la liviandad de los tiempos actuales, que consideramos de perversión funesta para la sociedad, y ninguno de los que nos quejamos, tenemos el suficiente valor moral, para ser justos y sinceros, abrogándonos todo el tanto de culpa que en verdad nos alcanza, que en la perversión de la sociedad, no actúa como agente disolvente el tiempo y sí de una manera eficiente el factor humano, hombres y mujeres, que han hecho dejación de los valores morales para dejarse seducir por la falacia relumbrona de una Moda, por descocada inmoral y por inmoral digna de todo desdén, no de este acatamiento servil que le rendimos, como si los ukases de los modistos de la Rue de la Pai de París, entrañaran verdades incontestables e irrefutables, cuando en muchos casos, resultan sus diseños antiestéticos, verdaderas monstruosidades de la línea que parecen perseguir un solo fin: la ofensa del pudor, don genuinamente femenino y el mejor encanto de toda mujer.

La Moda... ¿Qué es la Moda? ¿Lo que llevan todas? No: lo que les dicen deben llevar unos modistos, que en sus fantasías calenturientas, a veces basándose en caricaturas ridículas, conciben creaciones de vestidos que tienen la virtud de desnudar a la que los exhibe y que lanzan con vivientes y asalariados maniquies. La Moda es el afán de copiar, de imitar lo que otras llevan para acabar siendo lo que todas persiguen, hasta que una nueva creación viene a hacer correr tras la copia de lo visto, y así, en una sucesión constante, la moda parece la inquietud de buscar la forma y manera de que la mujer pierda toda su espiritualidad quedando de ella únicamente la materia.

Con las modas y malas maneras del vestir actual, no los pacatos, no los que pecan de excesivamente austeros, hasta las mujeres mismas, no saben hallar disculpa a su exceso de atrevimiento. Las faldas cortas a cada estación siguen una acción ascendente y los descotes amplíanse pudiéndose decir no sin cierta razón, que hoy la mujer se viste, si vestir puede llamarse a ciertos vestidos de estos días, con la tela de un pañuelo y aún le sobran retales para una colección de tapetitos caseros.

¿Que gana la mujer con este su atrevimiento en el vestir? ¡Ganar! La mujer si no respeta su propio pudor, si pierde a la vista del hombre su candorosa inocencia, sale siempre perdiendo, que el hombre si gusta de exhibir sus caballos y sus autos, la mujer propia, la que ha de ser compañera de su hogar la quiere recatada y pudorosa, para que pueda ser excelente madre de unos hijos fuertes, física y moralmente. Si la mujer no tiene para el hombre el doble encanto de su belleza y su virtud, si muéstrase casquivana siguiendo los dic-

tados de una moda exagerada e inmoral, el hombre la huirá, no verá en ella la que puede ser su consejo y guía, verá únicamente al entretenimiento de un momento, de unos días, de algún mes, pero de ahí no pasará que no hay nadie tan asombrosamente cándido que por propia voluntad se arroje al fuego que ha de devorarlo.

Casada o soltera, lo mismo dá. La soltera puede y perderá, sin ningún género de duda, todo atractivo a fuerza de buscarlo en las modas inmorales y la casada que se deje arrastrar por la veleidad indecorosa de una moda, perderá más, mucho más el aprecio y quizá la estima de su marido, del padre de sus hijos, que si con despejo y desamor continúa junto a ella, seguirá la vida matrimonial como un forzado, quedando por tanto convertido el hogar que debía ser nidal de dichas y venturas, en mansión de desventuras y disputas, cuyo ambiente enrarecido se hará cada vez más irrespirable, para uno y para otro.

Ya sé que entre las lectoras de este culto diario, no existen las que por maldad y perversión, pueden ser calificadas de impúdicas en el vestir. Pero la Moda tiene como Mehistófeles por arma de fascinación la que hiera la vanidad y si las joyas perdieron a Margarita, un vestido bien puede ser causa de pérdida de una mujer buena. Y una mujer buena, honrada y modesta es tan adorable que puede decirse es el bien que con más afán persigue en este mundo el hombre.

PEDRO ROLDÁN.

Mahón y Julio 1926.

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESS)

París, Julio de 1926.

Colores estivales

Nuestra elegancia evoluciona y si bien es verdad que la línea general de la silueta es la misma que la primavera pasada, los colores, por el contrario, han cambiado bastante.

Antes nos seducían las tonalidades pastel como difuminadas de gris, que sentaba muy bien al rostro. Ahora se manifiesta una marcada inclinación a los colores más calidos, un poco crudos, como el azul mediterráneo, azul semejante al que se emplea en las camisas de hombre llamado también azul lienzo, que se combina a menudo con el negro, y el blanco que sirve para componer vestidos adornados de un borde de tonalidad diferente.

Esta evolución está influenciada por el inminente éxodo hacia las playas y balnearios. Al aire libre, bajo la luz fuerte, los matices pastel resultan apagados; por eso se requieren colores vibrantes y el blanco especialmente goza de todas las preferencias.

Se advierte una reacción contra la preocupación del conjunto, del que cuidábamos hasta los más mínimos detalles. Una mujer elegante tenía que elegir todas las piezas de su toilette dentro de la misma gama. Este criterio resultaba distinguido y acusaba un indudable buen gusto. Pero las modas que duran cansan pronto y hay que buscar una novedad.

Los modistos de nota se inspiran hoy en el criterio opuesto. Quieren romper la armonía única y crear sintonías imprevistas de color; así el beige figura sobre el azul marino, el rojo sobre el violeta y el burdeos sobre el verde pá-



Vestido de Rasha color natural y Rasha color habana. El primero da el vestido, cintura de daím habana, y el segundo el paletó, forrado de Rasha color natural, igual que el vestido y el echarpe

lido. Este tema original presenta graves inconvenientes que únicamente pueden evitarse con gran tacto y con un sentido artístico que, a decir verdad, no es muy común. Como sólo las privilegiadas de la fortuna pueden recurrir a la alta costura, las demás, que tienen que guiarse con arreglo a normas un tanto personales, deberán combatir con cuidado modelos dentro de la misma tonalidad, por ejemplo el rojo con el rosa, en evitación de contrastes que serían verdaderamente lamentables.

Una mezcla de tonalidades que resulta muy armónica y que sienta bien a las mujeres de alguna corpulencia es la del vestido negro o azul marino que se abre sobre un fondo de color vivo como rubí o jade. Se puede poner en este conjunto una nota de mayor alegría haciendo que el cuello, el chaleco y los puños lleven aplicaciones que recuerde el fondo de la prenda. Este modelo está indicado, sobre todo, como traje de calle y presenta la ventaja de unir la distinción y la novedad.

Las telas estampadas.

Sombreros

Ya hemos llegado al momento culminante de la elegancia femenina estival. En el hipódromo de Longchamp, en la tarde radiante del Grand Prix, que en este año de gracia ha revestido una brillantez que bien puede calificarse sin hipérbole de insuperable, han aparecido los modelos definitivos de la suprema elegancia veraniega.

Una vez que se ha corrido el Grand Prix la moda de verano no sufre ya la más leve variación o modificación. En las casas importantes de la Rue de la Pai y del Faubourg Saint-Honoré, dibujantes, modelistas y maestras de taller empiezan a pensar en el otoño e invierno y se afanan en buscar nuevas combinaciones ingeniosas, porque la moda no tolera a sus servidores un momento de descanso y apenas franqueado el umbral de una temporada es preciso laborar para la siguiente.

La boda de los vestidos de muselina florida se afirma de día en día. Ninguna tela simboliza mejor que la muselina el carácter alegre y risueño de la estación más bella del año.

La sintonía de colores es una de las normas que imperan en la moda actual. Nada más lógico, por lo demás, cuando el cielo es de un azul límpido y la temperatura sufre un aumento sensible. Existe algo más grato a la

vista que una sintonía cromática bajo un firmamento claro? Por eso la llegada del verano nos impulsa hacia los colores vistosos, las floraciones delicadas, los dibujos caprichosos que dan a la toilette una gracia alada e infinitamente sugestiva. En estos días de claridad cegadora, la verdadera reina es la Dama Fantasia. Los vestidos de tejidos estampados, que ya el año pasado alcanzaron gran éxito, siguen disfrutando del favor de los elegantes. Las telas estampadas de motivos floridos se prestan maravillosamente a todas las hechuras. Unas veces aparecen dispuestas en incrustaciones y canesues; otras sirven para guarnecer delicadamente las pecheras, chalecos y puños, viniendo así a quebrar la monotonía de una tonalidad por una floración audaz, y finalmente se utilizan para confeccionar vestidos enteros que van realizados con pequeños detalles de buen gusto. En este capítulo importante de los detalles, los plisados desempeñan un papel primordial. Los nuevos plisados forman juegos de sombras y reflejos de carácter muy original. Las hileras de botones y los frunces constituyen asimismo motivos muy indicados para adornar gratamente los vestidos de tejidos estampados.

La moda actual, sencilla y sobria en apariencia, es fruto de una tenaz labor fácilmente perceptible cuando se examinan de cerca los detalles.

Aún cuando algunas mujeres pretenden imponer a toda costa adornos un tanto masculinos, hay que comprobar con júbilo que la inmensa mayoría de las elegantes han adoptado los accesorios propios de la femineidad tales como los chalequitos de raso blanco plisado adornados con botones de nácar y los cuellos y corbatas de velo estampado.

De todos estos adornos el jabot parece ser el que disfruta de mayor y más entusiástica aceptación. Ello se debe, en parte, al triunfo del encaje que aparece aplicado en todas las toilettes de buen gusto. Los encajes prestigiosos de Inglaterra, Venecia y Alerçon, que dormían el sueño del olvido en el fondo de los armarios, ven de nuevo la luz y realizan el encanto de los vestidos may 1926. Esta fusión del elemento tradicional con las innovaciones modernas ha dado lugar imprevistos y sugestivos efectos y resultados.

En el capítulo de los sombreros vemos verdaderos primores de carácter estival que constituyen dignos complementos de las toilettes claras.

Hemos admirado en las últimas carreras bastantes sombreros de bangkok natural



Vestido de popalga bois de rose, cuello, subcuello y bolsillos en piel plateada

guarnecidos con una cinta ciré marrón. Vimos también un delicioso modelo de fieltro beige bordado y guarnecido de cinta «pantostado».

El sombrero de forma boina de paja verde con guarnición de raso negro hace furor.

El tema de los sombreros no reviste importancia menor que el de los vestidos. Un sombrero adecuado es como el remate que consagra definitivamente la suntuosidad de una toilette.

EN EL TOCADOR

EL DESARROLLO DEL BUSTO

La gimnasia es muy recomendable para obtener el desarrollo armónico de los senos y del busto y la firmeza del cuello. Para practicarla debe colocarse la persona de pie con los talones juntos, los brazos caídos a plomo, con las palmas de la mano vueltas hacia el cuerpo, los hombros echados hacia atrás, sin elevarlos, y la cabeza alta, sin levantar la barba. Las diferentes fases del ejercicio son las siguientes:

Primera.—Se levantan los brazos lentamente, en sentido de los costados, hasta lograr la vertical y dándose un pequeño movimiento giratorio, con el fin de que al acabar de levantarlos las palmas de las manos se miren. Este movimiento debe ir acompañado de una gran aspiración de aire al subir, hecha con gran lentitud y una completa expulsión del aire de los pulmones al bajar los brazos.

Segunda.—Las manos puestas en las caderas. Se hacen lentas flexiones de la cabeza hacia adelante y hacia atrás.

Tercera.—Movimiento giratorio de la cabeza. Esto corrige los hoyos acusados por las clavículas.

Cuarta.—Extiéndanse los brazos y dóblense hasta que las manos estén cerca de los hombros, alternativamente, una vez con las palmas hacia arriba y otra al contrario.

Quinta.—Colocarse de espalda a la pared, a distancia de un paso, los pies separados y los brazos en alto. Dóblese suavemente la cintura hasta lograr, sin flexión, tocar el muro con las manos y poco antes de tocar—ya que no hay que terminar este movimiento—sin detención, dóblese poco a poco la cintura hasta tocar los pies con las manos, también sin flexionar las piernas. No hace falta pared a la espalda; lo que conviene es que cada vez el doblez de la cintura hacia atrás sea lo más pronunciado posible.

Sexta.—Levántense los brazos lentamente hasta la horizontal, llenando a compás los pulmones; llegados aquí, échense los brazos hacia atrás lo más posible; se llevan de nuevo a la primera posición y se desaloja el aire de los pulmones.

El número de veces para el ejercicio debe ser dos o tres al principio, hasta llegar, en el transcurso de algunos días, hasta veinte.

Dr. MANNHEIM.

El perfume del recuerdo

¿Quién no ha sentido latir más aceleradamente el corazón al conjuro de un recuerdo? ¿Quién al releer unas cartas testigos de la juventud pasada no ha sentido el alma embargada por una dulce emoción?

Al evocar, solo a grandes rasgos, las notas más salientes de mi pasado, me siento invadida de una torturante nostalgia.

¡Oh, dulce encanto de una juventud plébrica de ilusiones y deseos, donde en cada eslabón de la larga cadena había tejida una rosa de agudas espinas!

Hoy, al abrir un cajón largo tiempo cerrado, ha venido a mis manos un paquete de cartas, guardadoras fieles de caros ensueños.

Al soltar la cinta que las tenía sujetas en

carifoso abrazo, han caído en aleteo de cansadas palomas por sobre el diván, y de ellas ha emanado el dulcísimo perfume del recuerdo. Recuerdo divino de unos días de sol, de resurgimientos de vida, de savia bienhechora y de otros grises de triste penumbra, de tormentosas visiones.

Al azar he cogido una carta, luego otra y otra, todas eran de personas queridas que fielmente depositaron en tiempos mejores sus impresiones en contestación a las mías, y al leerlas, he revivido intensamente mi vida pasada, y por mis ojos han desfilado en clara visión todas las ansias de mi juventud soñadora.

Papeles queridos, ya amarillentos de dulces nostalgias, que me traéis la cálida brisa olorosa de los pinos y del rumor del viento cual mar lejano, de aquellos días de estío pasados en plena solitud y en perpetua adoración de nuestras hermosas sierras monserattinas, una de las obras más grandiosas de la Naturaleza. Papeles queridos, de visiones luminosas de montañas rientes y bosques sombríos que dicen del cantar sonoro de las limpidas aguas de un gracioso arroyo donde gustaba de correr descalza y mirar mi cara y de una fuente parlanchina bañada por la luna clara y que al compás del canto de los ruiseñores un corro de niñas bailaba sus danzas.

Ni que me recordéis dolores, yo os quiero con toda el alma, vosotros con vuestro perfume llenáis mi pecho de melancolía y mi alma flota en dulces añoranzas.

Vosotros sois mi tesoro, porque al leerlos me remonto a las infinitas alturas de lo sublime, con el suave perfume de vuestro recuerdo.

PILAR ROYO.

CANTARES

Por una rubia me muero,
que es la vida de mi vida,
una rubia que ha nacido
para labrar mi ruina.

En los rayos de tus ojos
quise encender un cigarro,
y el corazón se ha encendido,
que está de amor abrasado.

El cura de tu parroquia
ayer me dijo en secreto,
que el santo a quien tú le rezas
es Santo de carne y hueso.

A Dios una pena pido
para que te absuelva a tí,
que si en pecado has caído
toda la culpa está en mí.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.

DE COCINA

Puré de patata

Se ponen a la lumbre 1 kilo de patatas amarillas, cubiertas de agua, con un poco de sal. Cuando están cocidas se escurren y con la punta de un cuchillo se les quita la piel, y cuando están mondadas se pasan por el cedazo con el pomo del almírez o con un aparato a propósito; después de pasadas se colocan dentro de una cacerola, con sal, especias, nuez moscada, canela y 100 gramos de manteca fina y se remueve con la espátula, adicionándola hasta que no contenga grumos. Con una cuchara se sirve a cada convidado una cucharada de jugo de asado, que se pone en medio. Casi siempre el puré va con asado de cárnico, ave, etc.

Puré de guisantes

Se toma 1 kilo de guisantes tiernos, se ponen en una cacerola con 1 litro y medio de agua, hasta que los cubra, 30 gramos de cebollas, 30 gramos de zanahorias, un tronquito de apio tierno y sal. Al entrar en hervor se decantan a fuego lento, añadiendo agua caliente, si falta, de vez en cuando. Se escurren los guisantes, guardando de momento el caldo; se pasan por el cedazo, y si la

pasta tiene demasiada consistencia, se le mezcla parte del caldo.

Nota.—Este puré no tiene que ser demasiado duro ni demasiado líquido.

Pollo a la vinagreta

Cortado el pollo en raciones, se hace un rehogo con una jicara de aceite, una cabeza de ajos entera, una hoja de laurel y doce cebollitas. Una vez dorado se retiran las cebollitas, que se guardan aparte. Se vierte dentro del contenido de la cacerola una copa de vinagre, y si es fuerte media de agua; sal y especias, continuando en la lumbre hasta el primer hervor, luego se decanta tapada la cacerola a fuego lento durante una hora; se vierten las cebollitas, y después de tres cuartos de hora más de ebullición, puede servirse.

UN CUENTO PARA TÍ

MARTIR DE SU AMOR

Un extraño presentimiento, algo indefinido e inexplicable, pesaba aquel día sobre el ánimo de María Luisa, agobiándola, haciéndole sentir todo el peso de su abandono, todo el dolor de su vida resignada de mártir, de su triste vida, destrozada en flor, por la mano airada y cruel de un hombre, falz y torpe, que no llegó a comprender nunca los caudales de ternura, el tesoro de bondad, que aquella mujercilla, linda, de voz dulcísima como arpegio musical guardaba en su alma virgen y pura.

Con la inquietud del que siente en derredor los pasos del Destino cruel, que adivina y presente la nueva desgracia que le espera, María Luisa, en su gabinete, sentada en el bis a bis, que fué testigo de sus breves horas de dicha, aunque inutilmente, trata de desviar su pensamiento que, con la terquedad que es patrimonio del dolor, recrease en descubrir el velo del triste pasado, dejando al descubierto las sangrantes lacerias que una herida había puesto en su alma, de mujer buena y soñadora, de esposa honrada y mártir.

Un año hacía que María Luisa habíase unido en matrimonio a Ernesto: un año de dolores, de desencantos, de sufrimientos tan acervos y crueles, que habían llenado su corazón de esos sedimentos de tristeza que lleva en pos de sí la maldad del prójimo, que unos llaman desencanto y otros desamor, que son en realidad algo de esos dos sentimientos negativos de la dicha, pero más que esto, sobre todo esto, protesta que la debilidad hace callada y mansa, contra el agravio cruel, que en burla canalesca un hombre infiere a una pobre mujer, que con su propia debilidad ha de debatirse contra la injusticia y la maldad, en el desamparo y abandono de una sociedad, que parece complacerse, solzarse en el dolor ajeno, que exacerba con la maledicencia, que jamás mitiga, con una palabra de consuelo, con una dulce voz de amor.

Mentalmente, revivía su pasado María Luisa. Un año de matrimonio habíase agobiado, destrozado moral y espiritualmente. Su Ernesto, el hombre que ella amara, que llegó a creer suyo, por las protestas de amor, por las promesas de cariño de los días felices de su noviazgo, tan pronto fueron casados, cambió su fisonomía dejó de ser el que aparentaba y el hombre enamorado, sumiso al parecer a los dictados de un cariño, a las leyes de una pasión, moströse huraño, cruel, despegóse del hogar sin conocerlo, dejó abandonada a la que enamorada y creyente, entregóse más que su misma vida, su corazón, su fe, su alma entera que el esposo no cuidó siquiera de recoger y preservar, pisoteándolo todo brutalmente, con insania, con crueldad de orate, que todo lo atropella y todo lo destroza.

Y así, fueron pasando largos e interminables aquellos días de un año, con negruras de noche, llegada sin haber conocido el crepúsculo rosado de una aurora. Parecía que Ernesto, al casarse había pretendido una finalidad única; recabar la independencia, que la austeridad de sus padres la severidad de unas costumbres, jamás le habían otorgado y que supo y quiso obtener al hallarse junto a María Luisa, dueño de la fortuna de ella que permitía el dispendio y de la libertad, que no respetaba como todo libertinaje, el encadenamiento del pobre y debil ser, que confiada le creyera y ciega de-

jósé arrastrar por la ambición y el torpe egotismo de un hombre.

Y así era: Ernesto, hijo único de unos padres severos, habíase sentido siempre bajo la ferula de sus mayores, que negáronle las expansiones propias y naturales de la juventud; no había comenzado a vivir hasta el día siguiente de su boda y al aspirar a pulmón abierto el nuevo ambiente, al verse libre de aquel encadenamiento de severidades, no creyéndose ligado a su mujer más que por el nombre y para el beneficio de disfrute de una fortuna cuantiosa, quiso volar y sus primeros vuelos le apartaron del nido, y en aquel alejamiento persistió, convirtiéndose en el dolor y tortura de aquella que le libró de sus cadenas.

Reconoció así María Luisa y por un resto de cariño que quedaba en su alma pura, en su corazón de mujer buena, aun le disculpaba; quería librarle de muchas de sus culpas imputándose las a otros: ¿a quién? No importaba. La maldad no era toda de Ernesto.

Así pensaba María Luisa en la quietud amable de su gabinete, agobiada, vencida por el triste dolor de su abandono, cuando sobresaltóse al oír sonar el timbre del llamador. Atenta escuchó, sintiendo que los pasos de la doncella sobre el encerado pavimento repercutían en su corazón. Abrióse la puerta y Carola, su doncella, presentóle en linda bandeja de plata un sobrecito azul: un telegrama.

Nerviosamente rasgó la leve envoltura y ávida leyó la letra clara e indescifrable del despacho: Era de él, sí, de Ernesto que arrojábale al rostro una nueva infamia. El despacho depositado en Calats anunciábale la partida para América en la compañía de una cualquiera, de aquella artista de concert, el último flirt que le sabía en Madrid.

No tuvo lágrimas para llorar su nuevo desengaño. Sus labios contraídos en una mueca dolorosa, expresiva a la vez de toda la repugnancia que en su alma sentía, sólo plégáronse en la repetición de una palabra: ¡Canalla! ¡Canalla! Y María Luisa vió agostarse toda su vida, derrumbarse su última esperanza, que ella, como toda mujer que ama, aún vislumbraba un destello de luz en la negra noche de su vida y aquel lacónico telegrama lo distipaba....

FRANZ.

Mahón y Julio 1926.

LECCIONES DE COSAS

Las mariposas se conservan bañándolas en una solución de caucho a base de bencina o de otro disolvente análogo. Poniéndolas a secar en seguida se cubren de una tenue película de caucho que protege perfectamente los colores.

Para asegurar la perfecta adherencia de las etiquetas de los frascos, botellas y demás objetos de cristal, conviene añadir a la cola de goma o de dextrina una pequeña cantidad de sulfato de alumina. Pueden disolverse, por ejemplo, 2 gramos de sulfato de alumina en 20 de agua y echar la disolución en un mucilago compuesto de 75 gramos de goma y 175 de agua.

Se obtiene una cola fuerte muy resistente, según M. Quesnault, empleando los siguientes ingredientes:

Cola fuerte en trozos pequeños	12 gramos
Agua	32 »
Acido clorhídrico	2 »
Sulfato de cinc	3 »

La cola se pone en el agua unas cuantas horas; se añade el ácido y el sulfato y se calienta de 81° a 89° centígrados, durante diez horas. Sirve para pegar la madera, la porcelana, etc.

Antes de tomar una medicina que repugna, mástíquese un poco de cáscara de limón o de naranja, y a falta de ésta, un clavo de especias; así, apenas se notará el gusto desagradable de la medicina.

Imp. de M. Sintet Rotger. — Mahón